



Un Tributo a los Padres

Betty Davolt

Os admiramos, Padres. Dios os ha hecho algo muy especial. El día de la madre acabamos de celebrar y oímos muchas cosas hermosas acerca de la madre. Supongo que a veces vosotros sentís que os estamos dejando por un lado. Sin embargo, no es así. No nos hemos olvidado de vosotros. Esta mañana misma cuando regresamos a casa después del programa del día de la madre, uno de mis hijos pequeños se me acercó diciendo, “Hoy es día de la madre. ¿Cuándo es día del padre?” Y veis que de vosotros nos acordamos en otras ocasiones además de cuando toca pagar las cuentas.

No siempre se ha acordado de la madre. Hace pocos años en algunos países, la mujer para poco valía. Sin embargo, cumplía cuidadosamente sus tareas cuidando a sus

hijitos y siendo buenas esposas. Y vosotros, Papás, igual lo mismo habéis estado cumpliendo. A veces me pongo a pensar en José. Se dice mucho acerca de María, pero muy poco de José. No cabe duda que él fue buen esposo y muy buen padre. Él aceptó al niño Jesús como si fuera suyo propio. Lo instruyó, lo alimentó y lo vistió además de enseñarle la carpintería.

Hay muchas cosas de vosotros, Padres, que a nosotros nos interesan. Una de ellas son vuestras manos. Frecuentemente son duras y sucias del trabajo. Sin embargo, con ellas vosotros hacéis centenas de cosas para promover la felicidad de vuestro hogar y la alegría de vuestra familia. Por ellas, conducís a vuestros hijos a la escuela, manejaís las máquinas en la fábrica, y hacéis trabajos en el jardín. Para vuestros hijitos, vosotros sois héroes porque vuestras manos son capaces de hacer muchas cosas admirables. Pueden componer la rueda del triciclo de vuestro hijo, hacer funcionar su camioncito, y aún matar una culebra fea. Miremos a vuestras manos. Cuán grandes son, duras y callosas – muy diferentes de las de la madre, pero son manos diestras y hábiles. Pueden vendar una rodilla raspada, curar un dedo lastimado y aún peinar y hacer los colochos de vuestras hijitas. También pueden abotonar los botoncitos, amarrar las correas de los zapatitos y tirar la pelota. Esas mismas manos pueden arreglar el cebo en el anzuelo de los muchachitos, desenredar el hijo de sus barriletes, y acariciar su perrito. Aún pueden llevar la muñequita de la nena y secar las lágrimas de sus ojitos. Y cuando Mamá se encuentra enferma y recostada en cama, estas mismas manos pueden hacer la comida, lavar los trastos y barrer el piso. También pueden dar de comer al nene, arrullar, recostarlo y tapanlo bien en su cunita. Pero, Papás, sabemos muy bien que vosotros no sois afeminados porque cuando hay necesidad sois vosotros bastante firmes y fuertes. Vosotros sois quienes veláis por el orden de la casa y sabéis el doble propósito del cincho. ¡Ojala que todo padre supiera sus dos usos! Que diferente fuera la vida de muchos si sus padres superan disciplinarles como a vosotros os toca. Vuestras manos son hechas tanto para disciplinar como para amar. Y si vuestro hijo ha sentido vuestro amor, él os respetará cuando vuestra mano disciplinaria es firme y fuerte.

Admiramos vuestros ojos porque ellos ven solamente las buenas cosas en vuestros hijos. Otras personas miran solamente lo malo de ellos pero vosotros, los padres, miráis las cualidades que contribuyen al desarrollo de vuestros hijos y la conversión de ellos en hombres nobles, responsables y fuertes. Nosotros miramos al parecer; miramos lo que está delante de nuestros ojos, pero vosotros miráis al corazón. Vosotros creéis que las lágrimas son señal de flaqueza sin embargo las hemos visto caer de vuestros ojos especialmente cuando os ha tocado velar sobre Juanito y habéis oído al médico decir: “El muchacho no va a vivir”, y también nos hemos fijado que las lágrimas corren cuando miráis a vuestro hijo recibir su diploma. En ocasiones como éstas, hemos notado que vosotros podéis llorar también.

Y Padre, sabemos bien que vuestros labios os identifican. Conocemos al padre por las palabras de sus labios. Si es un padre cristiano, su familia le oye glorificar a Dios, y le rodean en el culto familiar para escuchar de sus labios la lectura de la Biblia. Jamás salen de sus labios palabras soeces que fácilmente oyen y recogen y lengüetas repiten. Tampoco de sus labios se oyen chistes sucios que manchan a los jóvenes y palabras ásperas y duras que lastiman y entristecen. Tampoco el buen padre va tambaleando por las calles o es arrastrado a la casa en estado de embriaguez.

¿Quién más que Dios conoce el corazón de vosotros los padres? Sabemos que arde con amor para la familia y hay una comparación muy buena entre el amor vuestro y el amor del Padre Celestial. “Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen”. Vuestro amor es abnegado, dispuesto a sufrir y trabajar con tal de que el camino de Juanito y María sea más fácil que el vuestro; trabajáis horas extras para que ellos se instruyan a fin de prepararse para un buen empleo. Y hemos visto que vosotros con gusto os vestís de la ropa vieja con tal que los hijos se vistan del nuevo.

Y vuestro amor es amor perdonador. Cuando el hijo pródigo de la Biblia se volvió en sí, él dijo: “Me levantaré e iré a mi padre, el padre que de lejos le vio, salió corriendo a recibirlo y le besó. Y nosotros sabemos que vosotros también lo mismo haríais en circunstancias semejantes.

Vuestro amor es digno de grande confianza. Dichoso el niño que con seguridad puede confiar en el amor del padre. Se nos cuenta que en cierta ocasión unos botánicos anduvieron por los campos recogiendo diferentes plantas. Dieron cuenta que una planta rarísima crecía en la ladera de un pendiente barranco. Cuando no podían llegar a ella, le propusieron un plan. A un muchacho le ofrecieron dinero si les ayudaba. Propusieron amarrarle con un lazo y dejarlo bajar sobre el precipicio. Naturalmente el muchacho comprendió lo peligroso y rehusó ayudarles. Pero después de un rato regresó y les dijo: “Acepto si ustedes permiten que mi padre sostenga el lazo”. Confianza completa tenía en su padre. Y cualquier niño, en cualquiera ocasión debiera poder acercarse a su padre y descubrir todo su corazón. Si vosotros le tenéis paciencia en su niñez, él acudirá a vosotros al encontrarse en los problemas y en las tentaciones de la adolescencia.

Sobre todo, el corazón del verdadero padre está lleno del amor de Dios. Y él practica lo que predica a sus hijos y les pone un buen ejemplo. Él vive los siete días de la semana la religión que profesa y no solamente el domingo en la presencia de ciertas personas. Juanito no es tonto. Muy pronto se da cuenta si Papá tiene una cara en la presencia del pastor y las hermanitas de la iglesia y otra con las gentes fuera de la iglesia.

A vosotros, Padre amado, os conviene portaros honradamente en toda ocasión. Os toca obedecer las leyes del tránsito, no burlarse de la policía, ni responder a la radio patrulla. Seguramente los mismos chanchullos que logra hacer papá, sus hijos van a querer hacer.

No desmayéis si vuestra tarea es difícil. A fin de la jornada vosotros recibiréis vuestra recompensa. Vuestra enumeración en parte será contemplar la cariñosa admiración de los ojitos de la hijita y por la confianza del muchachito que pone su manita en la vuestra. Más tarde cuando veis a la hijita ya convertida en una hermosa señorita amable, y el hijito convertido en un alto joven noble y responsable, recibiréis otra parte de vuestro pago. ¿Os parece, Padres, que os exijo mucho? Tened en presente que yo soy una madre y que nosotras las madres a veces nos equivocamos, también.